

MARÍA FERRAY: EJEMPLO DE UNA EDUCADORA HUMANISTA

Luis Nascimento¹

RESUMEN

La investigación que se reporta en el presente artículo tuvo como objetivo interpretar lo que ha caracterizado como exitosa, moderna y humanizadora a una escuela ubicada en un barrio del oeste de Caracas. Para el logro de este objetivo, me he servido del paradigma cualitativo o interpretativo de investigación; ello, debido a que el mismo permite entrar y profundizar en una realidad tan compleja como es la convivencia humana y, dentro de ésta, particularmente la realidad de una escuela. La técnica utilizada ha sido principalmente la entrevista a profundidad, considerando también los diálogos informales que a diario se dan en el contacto con la gente. Se encontró que dentro de la escuela desempeña un papel determinante la directora, de cuya “humanidad” o “espiritualidad liberadora” todos dan testimonio. Los resultados permiten aseverar que cada uno de los integrantes de la escuela —estudiantes, docentes, directivos, personal administrativo, bedeles, representantes, integrantes de la comunidad, egresados— se sienten a gusto al compartir la vida y sus saberes en un ambiente donde cada uno es valorado y amado por el otro. Asimismo, se encontró que en la escuela lo virtual y lo espiritual se complementan, ya que el uso de las tecnologías digitales no desplaza al ser humano sino que lo enriquece, abriéndolo a la comunidad, al país, al mundo y, de esta manera, crea ambientes de aprendizajes alternativos a las aulas de tiza y pizarrón.

Palabras clave: escuela, tecnologías digitales, espiritualidad, humanidad, ambiente de aprendizaje, valores.

¹ Doctor y en Ciencias de la Educación. Profesor de la UNESR, Núcleo de Educación Avanzada Caracas. Miembro de la Línea de Investigación Dinámica Psicosociales y Ambientes de Aprendizajes. Participa en la Línea de Investigación Dinámicas Psicosociales y Ambientes de Aprendizajes.

MARIA FERRAY: SAMPLE EDUCATOR HUMANIST

ABSTRACT

The research reported in this article is aimed to interpret what has been characterized as a successful, modern and humanizing school located in a Caracas west neighbourhood. To achieve this goal, I have used the qualitative paradigm or interpretive research because it allows to enter and deepen a reality as complex as human society and, within this, the particular reality of a school. The technique has been mainly in-depth interviews, informal talks also considering what occurs in daily contact with people. It was found that in the school the director, whose "humanity" or "spirituality liberating" all testify, plays an important role. The results allow to assert that all members of the school —students, teachers, principals, administrators, janitors, representatives, community members, alumni—, feel comfortable in sharing their knowledge and life in an environment where each one feels valued and loved by the other. We also found that the virtual school and the spiritual complement each other, since the use digital technologies does not displace human beings but enriches them by opening them to the community, the country, the world and, thus, creating alternative learning environments to classroom, blackboard and chalk.

Keywords: school, digital technologies, spirituality, humanity, learning environment, values.

INTRODUCCIÓN

Inicialmente esta investigación nació en el año 1998, por una simple inquietud personal a raíz del encuentro con un niño de once años, del barrio Pinto Salinas (Caracas) y estudiante de una escuela ubicada en la misma localidad. Él acudía a la escuela con una pistola en su morral y, bajo la amenaza de “quebrar” a las maestras, fue pasando de un grado a otro, hasta alcanzar el cuarto grado, pero sin saber leer ni escribir. Este niño, haciendo uso de un *programa educativo*, llamado por él mismo “CD de las palabras”, en un espacio de la escuela, fuera del salón, promovido por un proyecto de la Universidad Central de Venezuela (UCV) llamado TEBAS, a los tres meses ya empezaba a leer y escribir algunas palabras, según lo manifestado por su misma maestra. Ante tal fenómeno, mi pregunta inmediata fue: ¿Será que en algún momento el uso de las nuevas tecnologías desplazará a nuestros maestros y, por ende, desaparecerán las escuelas? ¿Será posible que un niño pueda aprender sin la ayuda de un(a) maestro(a), haciendo uso únicamente de una computadora? ¿Llegará el momento en que desaparecerá la escuela (como institución) y surgirán otros medios de educación donde el(la) docente será apenas un facilitador virtual?

Con estas interrogantes llegué a la Escuela Josefa Gómez de Delfino en el año 2000 (antes llamada Escuela de Cementos La Vega), ubicada en La Vega, oeste de Caracas, donde he tenido la grata experiencia de poder compartir tanto con la directora y docentes como con el personal administrativo y obrero. Mi quehacer educativo en esa escuela era sólo de un día a la semana, ya que mi vinculación a aquélla era a través de los estudiantes pasantes de Práctica Profesional de la Universidad Católica Andrés Bello.

A medida que fui entrevistando a los que creí informantes clave para buscar respuestas a las preguntas antes planteadas, apareció un personaje que continuamente era nombrado debido a una serie de características que lo hacían especial y del que todos coincidían en afirmar: “ella tiene mucha humanidad”. Se trataba de María Ferray, directora de la Escuela por más de treinta años y a quien le deben un cariño y respeto único, no sólo por parte de los niños y niñas de la escuela sino del personal docente, obrero y administrativo, así como de representantes, miembros de la comunidad y egresados.

Por tal motivo, mis preguntas comenzaron a tomar otro camino y surgieron entonces otras en mi investigación: ¿Qué tiene esta señora de especial para que la hayan dejado tanto tiempo como directora de esta escuela? ¿Qué hay en esta escuela para que su personal se sienta como en familia? ¿Qué significa la afirmación de los entrevistados: “ella tiene mucha humanidad”? Esta afirmación ha sido la detonante de mi otra búsqueda. Es decir, aunque no dejó de llamarme la atención el uso de las TIC en la escuela, me pareció más oportuno e interesante comenzar a dedicarme con mayor profundidad a indagar qué había detrás de esta afirmación y cómo repercutía ésta en todo el andamiaje de una escuela.

Ante esta situación, comencé a reorientar la indagación hacia este personaje haciéndome preguntas como: ¿Qué la caracteriza como directora y docente? ¿Por qué permanece tanto tiempo en la dirección de la escuela? ¿Por qué quiso ser educadora? ¿Cómo la perciben los que conviven y han convivido con ella en esta escuela y su entorno social? ¿Qué significa esto de que “tiene mucha humanidad”? ¿Por qué para los niños de hoy sigue siendo más importante el afecto, la ternura y la cercanía que el mundo tecnológico? Es por ello que la investigación que se reporta en el presente artículo tuvo como objetivo interpretar lo que ha caracterizado como exitosa, moderna y humanizadora a una escuela ubicada en un barrio del oeste de Caracas.

FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

Considero oportuno reseñar sólo algunos elementos que aportaron referentes para ubicar “desde dónde” se realizó la investigación.

a. Ser humano, ser persona

Comencemos por hacer un intento de expresar qué es “lo humano”. ¿Qué significa una persona con humanidad? En la filosofía antigua consideraban *lo humano* dentro de la visión del ente, como la sustancia individual (Santo Tomás de Aquino 1964: 29), y esta sustancia es todo aquello que, una vez puesta en existencia, existe por sí misma. *Ente* es el término que podemos utilizar para referirnos a las cosas en la medida en que éstas poseen *ser*. De aquí que todo hombre es persona, es decir, hay una igualdad esencial entre todos los seres humanos. En boca de Maritain (1949), “el hombre debe realizar por su voluntad lo que en su naturaleza es en boceto”

(p. 48). Es decir, aunque todos los hombres somos personas, está en cada uno el desarrollar lo que “potencialmente” existe en cada uno. La persona es un proyecto a desarrollar durante el tiempo de su vida con sus propias capacidades, y en la medida en que ese proyecto se hace realidad, la persona se autorrealiza de tal manera que se hace única, singular. Mounier (1961) lo expresa de esta manera:

Una persona es un ser espiritual constituido como tal por un modo de subsistencia y de independencia en su ser; que mantiene esta subsistencia por su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos mediante un compromiso responsable y una constante conversión; que unifica así toda su actividad en la libertad y que desarrolla, por crecimiento y a fuerza de actos creadores, la singularidad de su vocación (p. 523).

De acuerdo con esta concepción, decir *persona* es decir unicidad, único, capaz de vivir según una escala de valores de acuerdo a un proyecto de vida, a una fuerza interior que lo impulsa a ser en plenitud. Por tanto, la vida del espíritu no puede alcanzarse separadamente del cuerpo, sino en éste y gracias a su existencia. Esa autorrealización, perfección, plenitud, personalización, sólo y únicamente se puede dar en esta integración. El hombre es persona e individuo de manera simultánea e indivisible, es cuerpo animado o alma encarnada; es espíritu materializado o materia espiritualizada. El espíritu es una realidad del mundo que necesita del cuerpo; su propia vida pasa por la del cuerpo en cuanto la necesita para expresarse y concretarse. Es gracias al cuerpo que el espíritu se hace gesto, comunicación, símbolo, signo. El cuerpo es el lado visible y exterior del espíritu; por eso son inseparables, se construyen y se interdinamizan.

b. Humanidad y espiritualidad

A partir de lo anteriormente planteado nos podemos hacer el siguiente cuestionamiento: ¿Qué relación hay entre humanidad y espiritualidad? Si nos remontamos a la historia, nos vamos a dar cuenta de que el término “espiritualidad” ha tenido muchas acepciones de acuerdo al enfoque filosófico y teológico de sus autores. Entre ellas podemos nombrar el dualismo platónico: la visión intimista y espiritualista del hombre que lucha contra la carne para crecer en el espíritu. Asimismo, se encuentra toda la ascética y mística vivida en los claustros de la Edad Media: la espiritualidad de los

grandes místicos como Francisco de Asís que lo llevó a renunciar a todos sus bienes para dedicarse a la pobreza extrema, en comunión con los más desposeídos y excluidos de la sociedad, como eran los leprosos. Hasta llegar a una espiritualidad planteada y vivida en nuestro continente latinoamericano a partir de la nueva teología de la liberación, donde el centro es la alteridad como interrupción al yo, es decir, desde el momento en que dejo a un lado mi egoísmo, mi comodidad, mi “espiritualismo” o “intimismo”, y voy al encuentro del OTRO, especialmente del más pobre, entonces comienzo a ser realmente humano, realmente espiritual, en pocas palabras, ser espiritual es ser humano y viceversa. Buscando al otro es donde encuentro a Dios y me encuentro conmigo mismo.

c. Religión y espiritualidad

Esta dimensión del ser humano llamada “espiritual” está siendo tremadamente atacada y hasta desconocida por el mundo escolar debido a la creencia de que las TIC son la panacea de todos los problemas educativos, y a una visión antropológica donde predomina la conciencia individualista y autosuficiente, orientada hacia el conocimiento objetivo y el dominio del mundo material por medio de la ciencia y la tecnología, lo que impide reconocer las dimensiones personales, éticas y espirituales o trascendentales del hombre. Debería ser lo contrario, es decir, que el encuentro con el otro fuese el punto de apertura del hombre a la trascendencia y a la esperanza.

En esta misma línea de pensamiento, se trata de entender lo importante de no confundir religión con espiritualidad. Tal como lo expresa Comte-Sponville (1999), “se tenga o no una religión, la moral no deja, humanamente, de tener valor” (p. 41). El mismo autor señala: “Fidelidad a la humanidad y al deber de humanidad. A esto es a lo que llamó ‘un humanismo práctico’, que no es una religión sino una moral” (p. 64). Se trata de vivir desde lo que Kant llama “imperativo categórico” o en el sentido más profundo del ser, desde mi misma dignidad humana.

d. Espiritualidad liberadora

De acuerdo con los testimonios recogidos y lo presentado como espiritualidad, dentro de la llamada “Teología de la Liberación”, sobre todo por parte de los que han hecho teología desde el lugar del pobre en América

Latina (Boff, 1987; Gutiérrez, 1984; Boff, 1980; Sobrino, 1982; Casaldáliga, 1992; entre otros), podemos inferir que María Ferray, desde su práctica y opción de vida, aunque no lo manifieste verbalmente, personaliza esta nueva visión de la espiritualidad.

En primer lugar porque su vida está fuertemente marcada por la opción por los pobres. Muestra de ello es que toda su labor profesional ha sido en escuelas públicas ubicadas en sectores populares, debido a su sensibilidad hacia los más necesitados y por creer en el pobre, que éste es capaz de salir de su pobreza, de superarse y de liberarse, a pesar de todas sus limitaciones, acervo histórico y hasta “estigma” social. El sentido de su vida ha sido la de entregarse plenamente a la educación de niños en situación de carencias económico-sociales y de afecto. En los comienzos de la escuela eran los hijos de los obreros de la fábrica de Cementos La Vega; y luego, los niños que habitan esta parroquia que lleva el mismo nombre, donde la principal característica que describe a su población es la pobreza y la marginación, pero también la humildad, la solidaridad y la dedicación al trabajo.

En segundo lugar, su apertura a las demás “religiones” o “confesiones religiosas” denota su visión ecuménica hacia las distintas expresiones que el ser humano tiene con respecto a su relación con lo trascendente. Lo que ella misma describe como “saber tomar lo bueno de todo”; por tanto, dispuesta al diálogo con el que piensa, cree y se confiesa distinto. Queda en un segundo plano su “credo religioso” y coloca como prioridad el saber ir al encuentro con el otro.

No es casual que los egresados de la Unidad Educativa Josefa Gómez de Delfino, que pude entrevistar, y que actualmente son profesionales y ciudadanos que muestran un sentido de su compromiso social, coinciden al decir que en esa escuela fue donde aprendieron a afrontar la vida y buscar la manera de ser “cada día superior”. A tal punto, que hoy tienen una mejor calidad de vida y ocupan cargos de mucha responsabilidad sin olvidar sus orígenes, es decir, sin perder la sensibilidad hacia su gente.

e. Espiritualidad como humildad

Una de las características de la espiritualidad es la humildad entendida no sólo como proveniencia, situación familiar, pobreza... sino como capacidad para saber vivir en medio de las dificultades, escasez, pero con

dignidad. La humildad no es el desprecio de sí mismo. No es ignorancia de lo que somos, sino, al contrario, es conocimiento o reconocimiento de todo lo que no somos. Es su límite, pues se refiere a la nada. Pero es en eso también que ella es humana. “Tan sabio cuanto quiera, pero en fin es el hombre lo que es más caduco, miserable y más nada”. Sabiduría de Montaigne: sabiduría de la humildad. Es absurdo querer superar al hombre, lo que no podemos, lo que no debemos hacer. La humildad es una virtud lúcida, siempre insatisfecha consigo misma, pero que sería aún más si no lo fuese. Es la virtud del hombre que sabe no ser Dios (Comte-Sponville, 1999, p. 109). Ser humilde es amar la verdad más que a sí mismo. Todo pensamiento digno de ese nombre supone la humildad: el pensamiento humilde se opone a la vanidad, que no piensa pero cree en sí mismo. La humildad, a su vez, pensaría antes sin creer en sí: ella duda de todo, especialmente de sí misma. Es humana, supremamente humana.

Kant (c.p. Comte-Sponville, o.c.) afirma que existe una verdadera humildad (*humilitas morales*) de la cual da esta definición: “La conciencia y el sentimiento de su pequeño valor moral en comparación con la ley es la humildad”. Lejos de atentar contra la dignidad del sujeto, esta última humildad la supone (o.c., p. 111).

No hay que confundir humildad con peso de conciencia, humildad y remordimiento, humildad y vergüenza. Se trata de juzgar no lo que se hace sino lo que se es. Y somos tan poco. El remordimiento, el peso de conciencia o la vergüenza suponen que podríamos haber actuado de otro modo y mejor. La humildad constataría, antes, que no podríamos ser mejores. “Puedes hacerlo mejor”: esta fórmula del maestro acusa en lugar de motivar, y es también lo que dice el remordimiento. La humildad diría en su lugar: “es lo que él puede”. Demasiado humilde para acusarse o disculparse. Demasiado lúcida para tener plena rabia de sí mismo. Una vez más, humildad y misericordia andan juntas.

Amar al prójimo como a sí mismo, y a sí mismo como al prójimo: “donde está la humildad”, diría San Agustín “está también la caridad”. Es que la humildad lleva al amor, como Jankélévitch recordó, y todo amor verdadero, sin duda la supone:

Sin la humildad, el *yo* ocupa todo el espacio disponible, y sólo ve al otro como objeto (de concupiscencia, no de amor) o como enemigo. La

humildad es ese esfuerzo por el cual el *yo* trata de liberarse de las ilusiones que tiene sobre sí mismo y —porque esas ilusiones lo constituyen— por el cual él se disuelve. Grandeza de los humildes. Ellos van al fondo de su pequeñez, de su miseria (p. 114).

Al respecto, Freire (1975), al hablar de la humildad, expresa:

Los hombres que no tienen humildad o la han perdido, no pueden aproximarse al pueblo. No pueden ser sus compañeros de pronunciamiento en él. Si alguien no es capaz de sentirse y saberse tan hombre como los otros, es que le falta todavía mucho camino para llegar al lugar de encuentro con ellos. En este lugar de encuentro no hay ignorantes absolutos, ni sabios absolutos: hay hombres que, en comunión, buscan saber más” (p. 95).

f. Espiritualidad como reconocimiento de lo trascendente

Toda persona humana, por el hecho de existir, está llamada a darse su propia respuesta ante la pregunta del sentido de la vida. Si vale o no la pena vivir, para qué vivir. Dicha interrogante no lo deja tranquilo hasta no obtener respuesta. La forma como se presenta esta situación es muy variada. Quien observa con atención la vida, se encontrará con ella en las cosas más elementales y rutinarias de la vida cotidiana. Ella se torna particularmente dramática en las situaciones límite de la existencia, en presencia del sufrimiento, de la muerte, de la incertidumbre, del miedo, del terror. Pero también se hace presente en la esperanza humana y en el deseo de un futuro mejor y más feliz.

¿Será posible encontrar respuesta dentro de sí mismo? Y lo que el ser humano encuentra, en verdad, es una continua alternancia entre la alegría y el sufrimiento, felicidad y angustia. El hombre que aspira con ansiedad la felicidad y busca retenerla en sus manos, se ve continuamente amenazado por las limitaciones de su confinamiento en el tiempo y en el espacio. De este modo, experimenta que ningún esfuerzo es capaz de llevarlo a una satisfacción plena. Después de cada respuesta, surgen nuevas preguntas y todas concluyen en una interrogante final sobre el sentido de su vida, de su realización, de su felicidad. De ahí lo difícil de encontrar una respuesta dentro de sí mismo.

Al mirar la historia de la humanidad vemos que el problema del sentido y la razón de la existencia afloraron en todas las épocas, pero de forma muy diversa, determinada por la situación y por el ambiente en que vivió el hombre. Incluso en la generación actual, ella no desapareció, al contrario, en un mundo dominado por la tecnología y la ciencia, en un mundo que, por razones diversas, ve crecer la conciencia de la solidaridad y de la dependencia de todos los hombres, de unos con otros, ella surge nuevamente y con mayor intensidad; además presenta características propias.

En este continuo interrogarse, el hombre se asoma al problema de la existencia de lo absoluto, que en nuestro caso llamamos *Dios*. Generalmente dicha pregunta surge ante la situación límite de la muerte, de lo inmanente que es el hombre. Sentir y experimentar en sí mismo que todo pasa, nada es permanente. Ante esta última pregunta sobre la existencia o no de Dios, también en la historia han surgido muchas respuestas, unas aceptando su existencia y otras negándola.

En el caso de María Ferray, se comprende que a pesar de haber nacido en un hogar netamente religioso católico, su respuesta de vida es de una apertura insospechada.

g. Espiritualidad como vivencia del amor

Decía Nietzsche (1886): “lo que hacemos por amor siempre va más allá del bien y del mal”. Lo que hacemos por obligación, escribe Kant (1788), “no lo hacemos por amor”. Eso se invierte: lo que hacemos por amor no lo hacemos por obligación, ni por deber. Todo lo sabemos así como también que algunas de nuestras experiencias más evidentemente éticas no tienen, por eso, nada que ver con la moral, no porque la contradicen, es claro, sino porque no necesitan de sus obligaciones. ¿Qué madre alimenta a su hijo por deber? Y ¿hay expresión más atroz que *el deber conyugal*? Cuando el amor existe, cuando el deseo existe, ¿para qué el deber? (c.p. Compte-Sponville o.c., p. 173).

Toda nuestra vida, privada o pública, familiar o profesional, sólo vale proporcionalmente al amor que en ella ponemos o encontramos. ¿Por qué seríamos egoístas, sino porque nos amáramos a nosotros mismos? ¿Por qué trabajaríamos, si no fuese por el amor al dinero, al confort o al trabajo? ¿Por

qué la filosofía, si no fuese por el amor a la sabiduría? Y, si yo no amase la filosofía, ¿por qué todos estos libros? ¿Por qué éste, si yo no amase las virtudes? Y ¿por qué tú lo leerías, si no compartieras alguno de esos amores? Es el amor el que se impone.

No está al alcance de ningún hombre amar a alguien simplemente por obligación. Es, pues, simplemente el amor práctico que está incluido en ese núcleo de todas las leyes. Amar al prójimo significa practicar con benevolencia todos sus deberes para con él. Pero la obligación que hace de eso una regla para nosotros, también puede imponer que tengamos esa intención en las acciones conformes al deber, o simplemente que tendamos a ella. Porque el mandamiento de que debemos hacer alguna cosa de buena gana es en sí contradictorio. El amor no es un mandamiento: es un ideal (el ideal de santidad, dice Kant). Pero ese ideal nos guía y nos ilumina.

No nacemos virtuosos, sino que nos hacemos. ¿Cómo? Por la educación, por la moral, por el amor. Pascal, Hume y Bergson son más claros que Kant: la moral viene más del sentimiento que de la lógica, más del corazón que de la razón, y la propia razón sólo se impone (por universalidad) o sólo sirve (por la prudencia) en la medida en que la deseemos. El amor es por lo tanto primero, no en absoluto, sin duda (pues entonces sería Dios), pero en relación a la moral, al deber, a la ley.

Aristóteles (s. IV a.C.), al contrario, dijo lo esencial en dos libros sublimes de la “Ética a Nicómaco”. ¿Lo esencial? Que sin la amistad la vida sería un error. Que la amistad es condición de la felicidad, refugio contra la infelicidad, que es al mismo tiempo útil, agradable y buena. Que es “deseable por ella misma” y “consiste en amar más que en ser amado”. Que es inseparable de una especie de igualdad, que la precede o que la instaura. Que vale más que la justicia, y la incluye, que es al mismo tiempo su más elevada expresión y su superación. Que no es ni falta fusionar, sino comunidad, compartir, fidelidad. Que los amigos se alegran unos a otros con su amistad. Que no se puede ser amigo de todos, ni de la mayoría. Que la más elevada amistad no es una pasión, sino una virtud. En fin, eso resume todo: que “amar la virtud de los amigos”. De hecho, es todavía amor (un amigo que no amaríamos no sería un amigo).

Tampoco hay felicidad sin amor. De hecho, observemos que, si el amor es una alegría que la idea de su causa acompaña, si todo amor, por tanto, en su

esencia, es alegre, la recíproca también es verdadera: toda alegría tiene una causa (como todo lo que existe), toda alegría es pues susceptible de amor, por lo menos virtualmente (una alegría sin amor es una alegría que no comprendemos: es una alegría ignorante, oscura, truncada), y de hecho lo es, cuando es plenamente consciente de sí misma y, por lo tanto, de su causa. El amor es como que la transparencia de la alegría, su luz, su verdad conocida y reconocida. Es el secreto de Spinoza, y de la sabiduría, y de la felicidad: sólo hay amor alegre, sólo hay alegría de amar.

La amistad perfecta: la de los hombres virtuosos, los que “desean el bien a sus amigos por amor a ellos”; lo que hace de ellos “amigos por excelencia”. El mejor amigo, la mejor amiga es aquel o aquella que más amamos, pero sin sentir su falta, sin sufrir con eso, sin padecer con eso (de padecer deriva pasión); es aquel o aquella que escogemos, aquel o aquella que conocemos mejor, que nos conoce mejor, con quien podemos contar, con quien compartimos recuerdos y proyectos, esperanzas y temores, felicidades e infelicidades. Epicuro (340 a.C.) decía: “Toda amistad es por sí misma una excelencia (areté)”; en otras palabras, una virtud, y esa virtud acarrea, con respecto a nuestros amigos, o acarrearía, si subiésemos vivirla hasta el fin, todas las demás. Quien no es generoso con los amigos (con los hijos, etc.) es porque le falta amor tanta cuanta generosidad.

Cuando el amor existe, en compensación, las otras virtudes surgen espontáneamente, como si fuesen naturales, a tal punto de anularse como virtudes específicas o específicamente morales. Anders Nygren (1930) mostró las características distintivas del ágape cristiano: es un amor espontáneo y gratuito, sin motivo, sin interés, incluso sin justificación. Eso la distingue, es claro, del eros, siempre ávido, siempre egoísta, siempre motivado por lo que le falta, siempre encontrando su valor en el otro, su razón en el otro, su esperanza en el otro.

Dice Girardi (1973):

El Amor es por tanto, al mismo tiempo, el signo de la libertad madura y también el lugar, esto es el ambiente propio, en donde la libertad se va afirmando y madurando. El amor. Un hombre que no vive un verdadero amor en su vida no puede llamarse un hombre completo y verdaderamente libre. Seguirá estando prisionero de su egoísmo,

cerrado en sí mismo, lejos de las maravillosas posibilidades que están insertas en el ser humano (p. 347).

METODOLOGÍA

El trabajo aquí presentado toma como punto de partida el paradigma de investigación cualitativo, ya que para éste es de sumo interés la vida diaria, con su complejidad e incertidumbre, que ocurre en contextos que son naturales, es decir, tomados tal y como se encuentran, más que reconstruidos o modificados por el investigador, en los que los seres humanos se implican e interesan, evalúan y experimentan directamente (Goetz y LeCompte, 1988). Ese ambiente natural, más que un escenario o telón de fondo, es un producto directo y cambiante de la interacción social (Dos Santos Filho, 1995).

Asimismo, dentro de este paradigma, trabajé bajo el método “hermenéutico-dialéctico”, tal como ha sido concebido por varios filósofos hermeneutas y, en nuestros días, por Martínez (1996), quien afirma que

...el método hermenéutico implica una dialéctica entre el sujeto conocedor y el objetivo conocido, debido, sobre todo, al hecho de que ambos son personas que dialogan, y cada intervención del uno influye, guía y regula la siguiente intervención del otro. Esta condición dialéctica hace que el método hermenéutico-dialéctico y sus procedimientos sean esencialmente diferentes de cualquier método (p. 125).

En este mismo orden de ideas y dado que la realidad que estudié es tan compleja, utilicé la etnometodología por cuanto “el corazón de la etnometodología está en la interpretación de las poliédricas y polifacéticas caras que puede tener una realidad humana”. (Martínez, 2004, p. 122). Por su parte, Aguirre (1995) señala lo siguiente: “la etnografía es el estudio descriptivo de la cultura de una comunidad, o de alguno de sus aspectos fundamentales, bajo la perspectiva de comprensión global de la misma” (p. 3).

Con base en los principios metodológicos antes planteados, lo que busqué fue describir, interpretar y comprender con profundidad la vida de un personaje, en este caso María Ferray, a partir del testimonio de otras personas que en la convivencia, día a día, compartieron con ella momentos de alegría, dolor, trabajo, lucha, logros, sacrificios y frustraciones.

Para recoger dichos testimonios me serví fundamentalmente de técnicas como fueron las conversaciones informales con el personal de la escuela y la comunidad; las entrevistas en profundidad realizadas a la profesora Ferray, y además a ocho docentes activos de la escuela, a la señora que atiende la cantina escolar, a tres niños estudiantes de 4.^º a 6.^º, a cinco egresados de esta escuela, a la supervisora de la zona educativa y a una directora de otra escuela que pertenece al proyecto educativo de La Vega; los relatos de vida que surgieron de estos mismos entrevistados, documentos personales e institucionales, página web de la escuela (<http://colegiojosefita.blogspot.com/>), fotografías, entre otros. La finalidad de esta búsqueda era la de contrastar toda la información y poder interpretar el significado epistemológico, filosófico y pedagógico de lo que fue y es esta escuela, sus características, fortalezas y debilidades, así como la incidencia de la profesora María Ferray en ella.

El criterio para seleccionar las personas que fueron entrevistadas para este trabajo de investigación obedeció a que cada una de ellas es un mundo de experiencias originales que me invitaba, como investigador, a adentrarme en esta escuela para poder, desde este quehacer educativo, interpretar qué estaba pasando en el día a día. Estos informantes clave llevan años trabajando con María Ferray; de ahí lo importante de sus experiencias y testimonio.

Ante lo planteado, con respecto a los informantes clave de la escuela, es sumamente importante, para efectos de comprensión, tratar de buscar qué hay detrás del discurso de éstos y demás actores de la escuela. Tal como afirma Van Dijk (2005), “el discurso, de muchas maneras, construye, constituye, cambia, define y contribuye a las estructuras sociales” (p. 377). Así, en una institución escolar, si queremos comprenderla, debemos acercarnos a sus actores y analizar su discurso, ya que es éste el que nos va a reflejar cómo conciben su entorno, la educación, la disciplina, el aprendizaje, la enseñanza, la tecnología... Por eso, los seres humanos desarrollamos una mente que nos permite pensar, interpretar, saber, conocer, memorizar o categorizar el mundo, el entorno, a otra gente, a nosotros mismos y nuestros discursos y otras acciones.

CONCLUSIONES

Todos los testimonios recogidos señalan que, a pesar de estar claros en que el uso de las TIC es importante y hasta necesario en el trabajo educativo, no deja de ser mucho más importante ese contacto físico con el otro, el poder compartir, jugar, aprender juntos. No sólo porque forma parte de la idiosincrasia venezolana el ser afectuosos, cercanos, sencillos, sino porque como alumnos de esta escuela, como docentes y como directivos no podemos obviar esa dimensión espiritual de todo ser humano. Y para llegar a ello, debemos ser **humanos**, es decir, vivir los valores que nos hacen más personas, nos hacen más auténticos, por cuanto nos acercan más a los otros que, en definitiva, son indispensables para nuestro proceso de formación, de personalización.

Asimismo, se percibe cómo la presencia de María Ferray se destaca, más que por su rol de directora, por ser mujer, amiga, mamá y, desde su testimonio de vida, es un ejemplo, una “escuela”. Por tanto, el concepto de escuela como paredes, estructura, tiza y pizarrón desaparece para dar paso a la **persona** como un ser bio-psico-social-espiritual que en la relación y convivencia con el otro va construyendo su propio conocimiento, su propio aprendizaje. Esto se va logrando con el esfuerzo de todos los que forman parte de esa gran familia llamada escuela.

Lo paradójico de todo esto es que en lugar de desaparecer la escuela debido a los avances tecnológicos, a las posibilidades virtuales, a las grandes ventajas en la búsqueda de información, ésta adquiere aquí un mayor valor como ambiente de aprendizaje, lugar de intercambio, de amistad, de afecto, de encuentro. Espacio ideal para la socialización, para la convivencia, para la vivencia de los valores que nos humanizan y que nos hacen crecer en todas las dimensiones y no sólo a nivel de conocimientos y de saberes.

De acuerdo con lo hasta ahora planteado en este trabajo de investigación, el punto de llegada parece obvio. No es sólo a través de grandes proyectos educativos, nuevas propuestas curriculares, nuevas leyes de educación, implantación de nuevas políticas educativas, o colocar en el diseño curricular las clases de religión, que se logra mejorar la educación de un país. Es sumamente importante e indispensable que el **cambio** comience por cada una de las personas que constituyen la escuela. Comenzando por recuperar o, en el mejor de los casos, reforzar aquellos elementos que hacen de la escuela

un espacio donde además de aprender o construir conocimientos, el niño y la niña van a convivir como personas; por tanto, poner en práctica lo que los humaniza, los hace mejores ciudadanos.

Hay una expresión que usa María Ferray al respecto: “El mundo va cambiando cuando hay un modelo que hace que cambie a su alrededor. Esa es la tesis. Yo tengo que cambiar a los demás sin proponérmelo. Nada más que con mi modelo”. Se trata de vivir lo que se predica, los valores, las propias convicciones, las creencias. Ser testimonio de todo ello. Que quienes están a nuestro lado perciban ese modo particular de vivir y, por eso, se sientan llamados a seguirlo. Ya lo dice un proverbio anónimo muy antiguo: “las palabras convencen, los ejemplos arrastran”.

Vemos entonces que humanizar es educar de forma integral, tomando al educando en todas sus dimensiones y no sólo como aprendiz. Unidad y totalidad. Como un ser espiritual encarnado en una historia, una cultura, un tiempo determinado y un acervo personal (familia, tradición, costumbres, idioma, creencias). De ahí la importancia de conocer lo que a él o ella le gusta, de dónde viene, cuáles son sus intereses, creencias, valores y virtudes, a fin de entenderlo y construir juntos, desde la vida, lo que nos hace plenos, no sólo a él sino también a mí como educador, pues ambos estamos en proceso de formación. Por tanto, supone, por parte del educador, unas metas muy claras y una opción de vida, en lugar de una simple decisión por una carrera determinada. De manera que también éste debe sentirse en construcción, en formación, en perfeccionamiento, al igual que sus destinatarios. Por eso su rol es de acompañamiento, de facilitación en lugar de líder conductor.

De acuerdo con Teilhard (1984), la condición para que la humanidad crezca espiritualmente es que las personas, en su proceso de desarrollo, se aproximen unas a otras, por comunión en un mismo espíritu. Unanimidad que preserva diferencias pero no jerarquiza, lejos de disminuir la personalidad del hombre, la acentúa, la enriquece, la libera de sí misma, la superpersonaliza. El fenómeno espiritual para él no está vinculado solamente a cuerpos animados atomizados, sino también a una red de conexiones vivas (psicológicas, económicas, sociales). Se trata de la naturaleza solidaria de la humanidad y del universo. “Si el mundo de hecho se orienta hacia la conciencia, nada sería capaz de oponerse al crecimiento del espíritu” (p. 125).

Al llegar a este punto en mi trabajo de investigación, se hace imperativo un cierre, que más que concluir, es abrir nuevos caminos de búsqueda e interpretación, ya que el ser humano nunca podrá ser totalmente explicado, abordado o comprendido por cuanto siempre será un misterio para sí mismo. De esto no escapa la realidad educativa de una escuela, pues no se trata de una institución amorfá y acéfala sino de un ambiente donde se quiere construir la persona, una comunidad, un país, una sociedad que está en continuo movimiento, cambio y transformación. No obstante esta realidad, la presente investigación ha sido para mí un proceso en donde pude experimentar lo grato de encontrarme con el otro, de socializar nuestras vivencias, nuestros saberes, nuestras preocupaciones y angustias, nuestras miserias y virtudes. Con el único convencimiento de que es posible una escuela diferente, caracterizada por su gran humanidad que no es otra cosa que esa profundidad espiritual, bañada por el amor, el afecto, el cariño, la comprensión, el respeto, la dignidad que une a cada uno de sus miembros. Sin caer en idealismos platónicos sino teniendo claro que donde hay seres humanos también hay miserias, defectos, malentendidos, conflictos, pero que son superables si la actitud de fondo es esa espiritualidad capaz de emprender cualquier acción para seguir en la lucha por una sociedad “cada día superior”.

En este momento histórico que nos ha tocado vivir, en un mundo globalizado por las nuevas tecnologías cuyos avances son cada vez más acelerados y nos ponen a correr para buscar lo último en tecnología, desde un simple teléfono personal, un *software* educativo hasta el uso del láser para curar una enfermedad, el docente de hoy no puede quedarse con la tiza y el pizarrón, siguiendo los métodos tradicionales, sino que está llamado a una permanente actualización o formación, a fin de poder acompañar a nuestros niño(as) en su proceso de aprendizaje. Sin por ello caer en el otro extremo de hacer de los avances tecnológicos la panacea que va a solucionar todos los problemas educativos y, en su lugar, estar consciente de que ésta es una herramienta que, de acuerdo a la mano que la utilice, será de mucha o ninguna utilidad en el proceso formativo de nuestros niños y niñas que acuden a las escuelas para aprender, no sólo conocimientos sino también a convivir, compartir y jugar con los otros.

Como maestros y maestras, estamos llamados a ser modelos para nuestros niños, con todo lo que esto significa. No es suficiente la prédica de los valores; es también sumamente importante la práctica de éstos para que en nuestras escuelas, en la calle, en la comunidad y en nuestro país se pueda

construir un mundo mejor, donde reine la paz, la justicia, el amor, se respete la dignidad y los derechos del otro. Vivir de acuerdo con lo que creemos y pensamos como un imperativo categórico y no sólo para que los demás “vean” que soy un(a) buen(a) maestro(a). Para ello es necesaria una actitud de revisión personal o autoevaluación, así como el dejarse corregir o cuestionar por los demás con el convencimiento de que no somos perfectos sino que estamos en camino de dicha perfección, que nunca será alcanzada plenamente ya que dura toda la vida. En esto consiste precisamente la espiritualidad. El espíritu de una persona es lo más profundo de su propio ser; sus motivaciones últimas y más fundamentales, sus ideales, la utopía de su vida, su pasión; lo que persigue, la razón por la cual vive, los motivos que tiene para luchar, para esforzarse; es decir, su manera más sincera de ser.

REFERENCIAS

- Aguirre B., A. (1995). *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Barcelona: Boixareu Universitaria.
- Aristóteles (S.IVac) *Ética a Nicomaco*. Traductor Gallach Palés, Francisco. Disponible en en: <http://www.alcoberro.info/pdf/nicomaco.pdf>
- Boff, C. (1980). *Teología de lo político. Sus mediaciones*. Salamanca: Sígueme.
- Boff, L. (1987). *Y la Iglesia se hizo pueblo*. Bogotá: Paulinas.
- (s/f). Joseph Card. Ratzinger: ¿exterminador del futuro? Sobre la Dominus Iesus. Recuperado en agosto 28, 2009 de <http://servicioskoinonia.org/relat/233.htm>.
- (1992). *Igreja: carisma e poder. Ensaios de eclesiologia militante*. Brasil: Vozes.
- Casaldáliga, P. (1992). *Espiritualidad de la liberación*. España: Sal Terrae.
- Comte-Sponville, A. (1999). *Pequeno Tratado das Grandes Virtudes*. (Martins Ed. Martins), São Paulo: Fontes.
- Dos Santos Filho, J. C. (1995). Pesquisa quantitativa versus pesquisa qualitativa: o desafio paradigmático. En Dos Santos Filho, J. C. y S. Sánchez Gamboa (Org.) *Pesquisa educacional: quantidade-qualidades*. São Paulo: Cortez.
- Freire, P. (1975). *Pedagogía del oprimido*. España: Siglo XX España Editores.
- Girardi, G. (1973). El problema de la libertad en el diálogo entre creyentes y no creyentes, en *El Ateísmo Contemporáneo IV*. Madrid: Luijpen.
- Goetz, J. y LeCompte, M. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid: Morata.

- Gutiérrez, G. (1984). *Teología de la liberación. Perspectivas*. Salamanca: Sígueme.
- Jankélévitch, V. (1970). *Virtudes del tratado. Virtudes del amor*. Volumen 2. Francia. Edit. Bordas.
- Klossowski, Pierre (1986). “Nietzsche, Politheismus und Parodie”. En W. Hamacher, ed., *Nietzsche aus Frankreich*.
- Maritain, J. (1949). *La defensa de la persona humana*. Madrid: Studium de Cultura.
- Martínez, M. (1996). *Comportamiento humano. Nuevos métodos de investigación*. México: Trillas.
- (2004). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. México: Trillas.
- Mounier, E. (1961). *Manifeste au service du personnalisme. Oevres*. Tomo I. París: Su Seuil.
- Nietzsche, F (1886). *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*. Alemania. Editorial Edaf, S.L.
- Nygren, A. (1930). *Ágape y Eros: La idea cristiana de Amor*. Traductor Philip S Watson (Chicago: University of Chicago Press, 1982).
- Sobrino, J. (1982). *Jesús en América Latina. Su significado para la fe y la cristología*. España: Sal Terrae.
- Teilhard de Chardin. (1984). *El fenómeno humano*. Barcelona: Orbis.
- Tomás de Aquino (1964). *Suma teológica de Santo Tomás de Aquino*. Tomo 1. Madrid: Católica.
- Van Dijk, T. (2005). *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.